

Yacimiento

Diana Obando Valbuena

Un amigo dice que se puede pensar en los ceramistas según el elemento que predomina en ellos, y en lo que hacen. Él, que adora el cuerpo incandescente de las piezas de *raku*¹; que puede pasar días completos vigilando la respiración llameante de hoyos en la tierra, en cuyas entrañas hace *pit firing*², y es capaz de alimentar con leña un horno durante diez horas sin entregarse al cansancio; él, mi amigo, que llamea cuando habla, es un ceramista de fuego. Yo, en cambio, supe que quería ser una ceramista de tierra la primera vez que vi un yacimiento.

Hace dos años estoy viviendo en una vereda en el Cauca, cerca de Popayán. Montaña arriba, como a un kilómetro de mi casa, hay un lugar donde el suelo está claramente socavado, en una zona del bosque, relativamente pequeña, a la vera del camino, sobre un yacimiento de arcillas. Daba la impresión de que intentaron

1. El *raku* es un tipo de alfarería tradicional japonesa. Consiste en sacar las piezas aún incandescentes del horno y depositarlas en un recipiente lleno de viruta de madera, hojas secas de árbol o papel. El calor de las piezas prende fuego a estos materiales, generando un humo denso que las penetra y ahuma. A su vez, el óxido en los esmaltes reacciona, reduciéndose a metal puro, lo que crea efectos metalizados en la superficie de las piezas. Al final, estas se sumergen en agua para bajar bruscamente la temperatura y fijar así el proceso químico. En este punto, algunas se craquelan o cuarteán.

2. El *pit firing* es una de las técnicas de cocción de cerámica más antiguas que existen. Aquí las piezas se ponen dentro de un hoyo abierto directamente en la tierra, rodeadas de materiales combustibles, como madera, viruta, estiércol y hojas secas, a los que se prende fuego.



extraer barro para hacer ladrillos, pero que muy pronto dejaron de hacerlo. Tal vez el yacimiento no tenía la naturaleza apropiada. En general, los ladrillos de esta región son pálidos y frágiles debido a que tienen demasiada cal y arena, y en esta montaña en particular, abunda la piedra caliza, por lo que muchas de las arcillas son especialmente frágiles. La primera vez que estuve en el yacimiento, ignoraba todo esto. Nunca antes había recolectado arcillas por mi cuenta, pero al amasar una bolita de barro que tomé del suelo, me sobrevino la memoria táctil de la arena húmeda con la que estuve muy familiarizada de niña y supe, intuitivamente, que el precioso barro blanco que se mostraba a ras del suelo, era muy frágil para ciertos trabajos. Podía sentir el exceso de arena y la impresión de la cal, difícil de describir. Lo supe aún sin cocerlo o hacer pruebas con él, como algo fácil y atávico, como se puede presentir por el olor de una planta si esta nos invita a comerla, o no.

Durante casi toda mi infancia, mis abuelos paternos estuvieron construyendo. Lo primero fue un edificio pequeño del que recuerdo el último piso desnudo y gris, todavía sin paredes divisorias, y los montículos de material. Allí primero, y después en las otras construcciones, conocí largamente la arena amarilla, la de río, el recebo, la piedra de zanja, la cal, el cemento y otros muchos materiales que dejaban arrumados mientras la construcción avanzaba

al paso aletargado de los maestros bajo la dirección de mi abuelo. Las obras me dieron tiempo para jugar con los materiales por temporadas tan largas, que adquirí una memoria muy precisa de ellos. Esta memoria fue completamente inútil durante años, pero ese día, en el yacimiento, se descargó de una forma tan ostensible que, sin probarla, supe muy de cerca a qué sabía la bolita de barro que sostenía entre los dedos.

Cuando me encontré con el yacimiento, yo llevaba poco más de dos años explorando la cerámica, y había tenido oportunidad de ver algunas pruebas que otros ceramistas hacían ocasionalmente con barros extraídos de fincas y lugares aledaños a Bogotá; pero, hasta entonces, este aspecto del oficio no me había generado un interés especial. Uno podría pensar que este interés se despertó en el yacimiento, porque era difícil de evadir: era como si un músico encontrara, para su sorpresa, una habitación repleta de instrumentos, y tuviera la suerte o, incluso, la obligación de hacer uso de ellos. Pero no es así. En la vereda viven dos ceramistas más y solo una de ellas hizo, en algún momento, pruebas con barros locales. No todos los ceramistas producen sus propios barros, como no todos arden de emoción vigilando una quema. Creo que fue la memoria lo que me alentó; la memoria y sus afectos.

No creo que sea lo mismo trabajar con una pasta cerámica preparada que hacerlo con los materiales en



donde nacen, y no creo que sea así únicamente por el material y lo que este evoca. No creo poder decir que las piezas son más “orgánicas” cuando se usan materiales recolectados. Para empezar, no creo que haya unas cosas orgánicas y otras artificiales. Creo que mis prácticas y la propia idea que tengo del oficio, cambiaron desde que encontré el yacimiento o, más bien, desde que me mudé acá. No porque haya cultivado habilidades especiales, o un tipo de conocimiento que no se pueda alcanzar eventualmente en cualquier taller, sino porque fui adquiriendo un tremendo sentido de mi insignificancia en el larguísimo y poderoso proceso de transformación de la materia. Por ejemplo, sé que en invierno, cuando cae suficiente agua como para que

mi cocina se inunde, cerca del yacimiento se formará, por poco tiempo, un pocito donde la arcilla decanta especialmente bien y donde se puede recoger un barro color marfil de poca estructura, aunque bellissimo. Sé también que la lluvia trae materia orgánica del bosque de robles que hay más arriba, y que parte de ella alimenta la composición de las arcillas y de una suerte de estalactitas que se forman en la superficie del yacimiento, con unos colores y un tropismo que me hacen pensar que no hay nada así de admirable que yo pudiera producir con el mismo barro.

Para el pueblo Misak, acá en el Cauca, así como para muchas comunidades indígenas, es esencial tener conversaciones con las otras gentes, y ‘gentes’ son los animales, las plantas,



los minerales, incluso ciertos recogimientos de aire, vientos murmurantes, estados del río. Es necesario conversar porque es preciso preguntarle a la naturaleza, a cada momento, qué necesita a cambio de lo que tomamos, de lo que dejamos de tomar. Si se va a sembrar o a cosechar, es fundamental conversar con una u otra gente. Se habla, en especial, con el pishimisak, y se habla con uno que sube por el monte a ras del suelo, como un aire denso, con el propósito de evitar el derrumbe y la tragedia. Y si se va a sacar arcilla del suelo, hay que pedir

permiso y, si hace falta, hay que hacer pago. Esto puede parecer un exceso de animismo o superstición para algunas personas, pero si uno es obstinadamente escéptico puede, pensándolo con suficiente cuidado, encontrar mucha razón en este tipo de miramientos porque, después de todo, ¿cuánto tiempo le ha tomado a la arcilla formarse?, ¿cuántos seres y cuántas fuerzas han estado implicados en ello? La arcilla es un material sedimentario, es roca feldespática por la que han pasado suficiente tiempo, presión y humedad para que

se descomponga -sí, la roca muere y se descompone-. Como resultado de este proceso de unas dimensiones temporales que no nos caben en la cabeza, la arcilla adquiere partículas -especialmente pequeñas- con las que es posible modelar piezas. Incluso, la inconveniente cal de las arcillas de esta región, viene de procesos milenarios, en los que pueden estar implicados los esqueletos minerales de algunos organismos que cayeron al fondo, relativamente superficial, del mar que cubrió este territorio mucho tiempo atrás. Si una persona piensa, con suficiente atención, en toda la fuerza elemental, el azar -que no por fortuito deja de ser un milagro- y el tiempo, que resultaron en una específica formación de tierra, puede experimentar, al menos, un poco de pudor antes de animarse a sacar un baldado de arcilla.

La última vez que estuve en Bogotá, me di cuenta de algo más: hacer conversación con las otras gentes no depende, al menos no únicamente, de que estas hablen mucho o poco. Me parece que tendemos a pensar, tal vez con demasiada facilidad, que las relaciones con la naturaleza son difíciles y escasas en el contexto urbano. Es seguro que allí hace falta una escucha que no solo es difícil intencionar, sino, sobre todo, mantener. De hecho, no creo que pueda adjudicarme casi ningún mérito por los cambios que el puro y rudimentario hecho de vivir en esta montaña generó en mí, pero creo, con sinceridad, que

estas conversaciones son posibles si uno está suficientemente atento, por ejemplo, a la generosidad de las plantas que crecen en la ciudad, sin que casi ninguno de nosotros les corresponda adquiriendo el alimento o la medicina que ofrendan.

Hace unos días, mi maestra me contó de los tiempos en que ella recogía arcillas en Bogotá, recurriendo a las excavaciones previas a la construcción de grandes edificios cerca de su casa. Con balde en mano, salía y recolectaba sus muestras. Me pareció tan importante que alguien se tomara el trabajo de preguntarse por los barro, no de los alrededores de la ciudad, o de otras partes, donde la naturaleza parece más irrefutable, sino de allí mismo, donde creció un edificio. Creo que personas como mi maestra, o como los niños del jardín donde solía estudiar mi hijo, que devoran extasiados las feijoas de un árbol que crece en el andén, o como mis amigas, que recogen artemisa de los antejardines para aliviarse los cólicos, son las personas que sostienen la ciudad y lo que hay todavía en ella de casa, de juntanza y de cuidado.

Diana Obando Valbuena

Ceramista formada en el taller de la maestra Vicky Possin. Magíster en Escrituras Creativas y politóloga de la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente tiene su taller de cerámica en Popayán y se encuentra cursando primer año de "Masaje energético" en la escuela de medicina china Neijing de Cali.